

Fabián Sevilla  
**Julián y el genio**

Ilustrado por Julián Fransci



Desde su ventana, Julián había visto llegar la fragata que trajo las noticias.

Causaron tanto revuelo en la ciudad esas noticias. Y desde hacía una semana Buenos Aires era un torbellino.

Como Julián y su familia vivían en un ranchito a orillas del Río de la Plata, también vio asomar la tormenta que arreciaba desde el principio de aquella semana de mayo de 1810. Ya era viernes y por fin la lluvia comenzaba a cesar, pero el cielo seguía encapotado, amenazante.

Sin lluvia, lo primero que hizo fue salir a ver qué regalo le traían las olas del río. Eso hacía siempre y luego de la última sudestada, durmiendo sobre la arena había encontrado un cofrecito plateado que terminó regalando a su mamá para Navidad.

Ahora, con sus pantalones arremangados, caminaba por la costa. La vista clavada en el suelo húmedo y con rastros de espuma.

Caracolas, piedritas, botellas... y algo que brillaba levemente, como el sol que se encaprichaba en no dejarse ver.

Julián se acercó. Con sorpresa descubrió que se trataba de una lámpara, como ésas que, llenas de aceite, usaban para alumbrarse las noches los de las casas principales.

Estaba cubierta de algas y barro la lámpara.

La frotó para verla en detalle y ocurrió algo inesperado. Una voz salió de adentro:

— Hola Julián.

— ¿Quién sos?

— Un genio —respondió guturalmente el de adentro—. Hace siglos que un mago me encerró aquí y sólo seré libre cuando alguien pida un deseo a la lámpara. ¿Querés ayudarme?

A Julián se le llenó la carita de sol y se puso a pensar qué podría pedir. Mientras, desde adentro, el genio le susurraba:

— Podés pedir riquezas, juventud, suerte, mucha suerte. Todo en un único deseo... pero por favor, liberame.

— No sé qué pedirte —le confesó el muchacho. Para él, ni el dinero, la edad o el destino eran importantes.

— Ser un rey poderosísimo de esos que dominan territorios, que deciden qué personas viven y cuáles mueren —ofreció el genio.

Pero Julián no podía ver los atractivos de la propuesta.

No se decidía.

Pensó en que, desde que había comenzado la tormenta, su papá, que era pescador, no había podido salir a tirar las redes. Y su mamá, que cocinaba dulces para vender, no había hallado madera seca para encender el fogón.

¡Eso! Que saliera el sol, justito ahora que volvía a desatarse una llovizna.

Iba a pedir su deseo soleado, cuando su hermana mayor apareció corriendo y a los gritos.

— Julián, Julián... vamos a la Plaza, algo pasa frente al Cabildo —le decía.

El guardó la lámpara con su genio bajo una piedra y, en un segundo, estuvo corriendo al lado de su hermana.

Sin embargo, a lo lejos oía cómo el genio insistía:

— Lo que quieras, te lo daré. ¡Pero liberame!

Los hermanos llegaron frente al Cabildo, donde vieron un montón de gente inundada por la emoción y la alegría. Todos gritaban y a través de una ventana de los altos del edificio se podía ver que adentro también reinaba algarabía.

— ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? —iban preguntando a quienes los rodeaban.

Una negra se acercó encandilándolos con su sonrisa de perlas:

— Se acaba de cumplir el deseo que hemos tenido desde hace años.

— ¿Cuál?

— ¡Somos libres! —les explicó un hombre muy elegante que entregaba cintas color blanco a quien se le cruzara—. Ahora, vamos a poder decidir nuestro destino sin que nadie nos obligue a hacer lo que no nos conviene. Tal vez algún día tengamos nuestro propio país, podamos elegir nuestros gobernantes, crear nuestras leyes y ser felices. Eso: hoy comenzamos a ser felices.

Julián y su hermana mucho no entendieron lo que les decía, pero al hombre las palabras le brotaban con tanta emoción que también se contagiaron. Se pusieron a saltar y a gritar.

Hasta que, en medio de tanta fiesta, el chico se acordó de la lámpara con su genio y el deseo aún pendiente.

Sin explicarle a su hermana, corrió a la playa. Bajo la piedra halló intacto su tesoro.

— Volviste. Quiere decir que ya sabés qué me pedirás —le dijo el genio—. Dejame adivinar: todo el oro de estas tierras, dominar los mares y las fronteras, esclavizar a quien consideres inferior... En fin: ser todopoderoso.

— No —le retrucó Julián—. Te deseo la libertad.

De repente, la lámpara brilló intensamente.

La tapa se abrió y el genio, convertido en una bola de luz violácea, salió volando hasta perderse entre las nubes.

Julián no sabía nada de riquezas, ni de poder, ni de dominación. Pero acababa de aprender algo y eso era lo único que sabía: con la libertad llega la felicidad o queda más cerca de todas partes.

Y feliz se sentía, porque finalmente, en el cielo, el sol comenzaba a salir con ganas de quedarse.